

Historias para reunir a los hombres (1988)

No es locura, señor, es pobreza

Noelia Benza

El hambre es el lobo del hombre
Antonio Gálvez Ronceros

A los ocho años, un niño visita por primera vez la biblioteca municipal de su provincia. La encargada, al ver su color de piel y su cara sucia, concluye de inmediato que un muchacho así solo puede ser analfabeto, por lo que, sin titubeos, pregunta: ¿sabes leer? El pequeño contesta que sí, ante la mirada incrédula de la mujer. Coge el periódico y le señala el titular para que lo lea. Al escucharlo puede comprobar que, en efecto, no le está mintiendo y lo deja pasar. Luego de revisar un libro grande, lo devuelve y nunca más regresa al lugar.

Lo que a primera vista parece una crónica de denuncia social, es en verdad un pasaje de la vida real de Antonio Gálvez Ronceros, en lo que fue su primera incursión a la biblioteca de su natal Ica. Acaso un indicio de lo que ¿era? el Perú en aquella época, en la primera mitad del siglo XX. Este y otros episodios podrían haber sido, desde una mirada harto antojadiza, los primeros motivos para escribir su tercer libro: *Historias para reunir a los hombres*, que no requiere de interpretaciones extras; es clara y directamente contestatario.

Para entender su punto de vista es necesario conocer en qué etapa de su carrera se encontraba. A finales de la década del sesenta, formó parte del grupo Narración, junto con otras figuras de la época interesadas en escribir. Por la coyuntura, en aquel tiempo las conversaciones empezaron a girar en torno a la ideología y la posición política, pero no pasaron a más. Solo tiempo después se definiría con claridad la posición que asumirían, evidenciándola finalmente en el segundo nú-

mero de la revista que producían bajo el mismo nombre de su círculo.

Nace así este conjunto de veintitrés relatos e historias cortas que denuncian situaciones que pueden representar a cualquier país del mundo, rico, en desarrollo o pobre (con eso de que en todo lugar «se cuecen habas», ninguno se escapa), retrata la sociedad en su conjunto, diferenciando con brutal crudeza los extremos que la integran. Y en este punto hago una pausa, pues he de confesar que las narraciones de Gálvez Ronceros han provocado en mí un arrebato de sinceridad, que haré público desde este espacio, apoyándome, quizás de forma demasiado breve, en sus escritos. La principal razón por la que tengo el vicio absurdo de la lectura es porque la ficción me demuestra que la realidad puede llegar a ser aún más increíble.

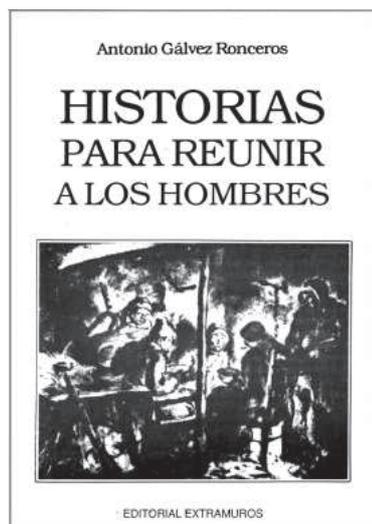
«De repúblicas y pedradas» narra un pequeño pasaje del tratado antiguo de política *Las repúblicas perdidas*, cuyas fuentes desaparecieron, entre otras versiones, en el incendio de la Biblioteca de Alejandría. El fragmento reproduce tres escenas en una tienda de comestibles donde les lanzan piedras a los clientes; el daño del impacto dependerá de su capacidad para pagar los precios.

Esto acontece todos los días. De lo cual se deduce que en estas repúblicas hay tres clases de ciudadanos: unos a quienes les resbalan los precios, otros a quienes solo rasguñan y los infortunados a quienes obligan a huir a la desesperada para no morir al instante. Los primeros son muy pocos y los últimos son muchos.

Enciendo la televisión para ver las noticias; sus protagonistas son los que aparecen como parte de una cifra porcentual cada año, pertenecen a ese lejano «índice de pobreza» que busca llamar la atención de algún modo, bloqueando carreteras, quemando llantas, protestando. Ese hombre encadenado en Palacio de Gobierno al que llamamos extremista, que no tiene nada que hacer, más que obstaculizar el buen propósito de la política de Estado: la inclusión social.

[...] a tantos siglos de aquellas repúblicas vemos que en casi todas las modernas la cuestión de fondo sigue siendo la misma: persiste la desigualdad en la distribución de las riquezas. Por lo demás hay dos novedades: la metáfora que alude a los prohibitivos precios se ha modernizado (pedradas ha cedido su lugar a balazos) y los expuestos a morir, que igual que antes son la mayoría ciudadana, se han visto obligados a valerse de actos heroicos para defender sus vidas: huelga, marchas de protestas, tomas de locales...

¿Inclusión social? ¿La que envía a sus niños a estudiar a colegios con aulas de esteras en condiciones lamentables, mobiliario precario y profesores con sueldos ínfimos? Seguramente, como en la historia «Rogad a Dios por el señor Mendívil», donde el más grande de los bribones se convierte, luego de treinta años de estafas, robos, apropiaciones ilícitas y demás fechorías, perdón, de noble servicio al gobierno de turno, en flamante ministro de Educación. ¿La que obliga a humildes peones a ser explotados por más de doce horas al día y a los que les pagan el



suelo equivalente a un día de «labores» de un congresista? Indudablemente, tal como retrata «Gente», en tan solo una página que describe el triste escenario de una joven que no sabe cómo responderse una simple pregunta:

—Dígame usted —le confió la joven—, un patrón que hace trabajar como animal a un hombre y no le paga lo que es debido, ¿puede ser gente?

—Aunque pague lo que se considere debido, tampoco sería gente. Nunca podrá serlo mientras siga siendo patrón.

¿Qué pensarías si ves a un hombre cocinando en una olla vacía, sirviéndose comida imaginaria y comiendo bocanadas de aire en cada cucharada? Que está loco, sin duda. En «Espejismo», un gobernante se entera de la existencia de este orate y decide ver tal es-

cena por sí mismo, solo por curiosidad, sin la más mínima intención de llenar de alimentos su cacerola. Me recuerda a aquellos representantes de la patria, que van de visita a pueblos humildes a ser testigos de las necesidades de su gente, duermen en camas especiales, comen lo mejor del lugar, pero no mueven un dedo para cambiar su situación.

Sin embargo, comentan, discuten y exponen ideas de reactivación económica, inversión pública y privada, incentivos de capital, programas sociales, etcétera, etcétera, etcétera, solo hablan, como en «Plebiscito», relato corto de un discurso presidencial que ya todos sabemos de memoria.

—Porque no solo de pan vive el hombre.

—Claro, también de demagogia —comentaron amargamente los millones de pobres que acababan de escucharlo por la radio.

«Clave para regresar del espacio» se trae abajo de un solo disparo años y años de discursos irreales que pretenden desviar la atención de lo que importa de verdad; reproduce con ironía un relato que figura en *Enigmas de nuestro planeta*, recopilatorio de sucesos inexplicables alrededor del mundo. Se cuenta que un tren desapareció con pasajeros incluidos y es encontrado treinta años después en medio del desierto, intacto. ¿Sorprendente? ¿Y eso a nosotros qué nos importa? No nos creamos el cuento, la quimera impuesta por décadas de gobernantes, lambiscones y aprovechadores que tejen espesas marañas de cortinas de humo para que no se descubran sus jugarretas.

El problema salió por encargo del país más aterrador del planeta, cuyos sucesivos gobiernos invierten anualmente, con el lúcido cálculo del crimen provechoso, montañas de dinero en impedir que los pobres del mundo piensen y se expliquen las causas de su miseria.

Es que perdemos valiosos momentos en temas sin trascendencia, en vanas conversaciones que poco o nada contribuyen al cambio real, desviando nuestra atención hacia lo superficial. En «Contiendas» se narra una comparación bastante peculiar. Un poeta coincide en una reunión de escritores e intelectuales con un crítico que le tiene ojeriza, cada uno piensa para sí lo peor del otro; al verse, se saludan con respetuoso cuidado y siguen su camino. A la vez, en otro escenario, sindicatos de trabajadores protestan en forma pacífica mientras que la policía intenta alejarlos a golpes.

Y pobre de aquel que se atreva a pensar diferente, a querer oponerse, nunca falta la protagonista de «Monólogo desde la caverna», que con saña perversa correrá con el chisme malintencionado a *convertir a la mujer del aguafiestas en viuda y a sus hijos en huérfanos*, sin miramientos. No se tolera actuar, es suficiente con ver y oír, cruzarse de brazos, asentir y aplaudir.

¿Por qué cerramos los ojos? ¿Por qué nos tapamos los oídos? ¿Por qué no alzamos la voz? Estamos —y me incluyo—, en el camino a convertirnos en esas bestias repugnantes que se describen en «El último hombre», en una descripción que me recuerda al *Amanecer*

de los muertos, donde el único sobreviviente no tiene más opción que esconderse y huir de las alimañas que, «cual sanguijuelas, se regodean entre la podredumbre y que pululan entre grandes montones de basura» en toda la ciudad, contagiados, consumidos, no se dan cuenta de que dejaron su condición de humano.

La oscuridad se hizo más intensa en el hoyo, y el hombre calculó que la luz de la tarde empezaba a extinguirse. Entonces pensó: «Una ciudad habitada solo por bestias es una ciudad ya muerta. Pronto se exterminarán entre ellos». Pero no se alegró. Sintió una gran tristeza y se puso a sollozar.

¿Qué estamos esperando? ¿Qué nos silencia? Probablemente una de «Las razones de mis amigos» es el motivo para callar. Llenar las arcas propias, aplastar al que sea necesario para conseguir mis propósitos, hacer harina a los demás para amasar mi fortuna, correr al templo y orar por que se acabe la violencia, golpearme el pecho y con eso creer resarcir mis pecados.

De la ficción a la realidad, todas las historias de Gálvez Ronceros en esta obra contienen un trasfondo social, histórico y político, que, ante la necesidad de ignorar a esa gran mayoría, pronto nos pasará factura.